

Maples Arce y Octavio Paz, conviven admiradores de los clásicos, como Alfonso Reyes y, entre todos, el único, José Gorostiza. Voces en tono mayor o menor, voces que nos prestan para cantar, aunque sea simplemente para cantar: con Jaime Torres Bodet, con los Contemporáneos, con los estridentistas, con los innovadores, con voz tradicional, o no; para nosotros mismos, con la voz estos poetas privilegiados que representan a México en el exterior del país, y desde el interior de ellos mismos.

*Dolores Castro*

SRE, *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1998, 369 pp.

Historia, biografía, política, literatura. Éstas son las cuatro palabras que se conjugan en el libro que nos reúne, *Escritores en la diplomacia mexicana*. Se trata, a mi modo de ver, de un libro inusitado, que pone en comunión a varias generaciones de escritores unidos todos por un rasgo común: su pertenencia al servicio diplomático del país. Resulta que algunos de los escritores más talentosos de México, atendiendo bien a una vocación o a una coyuntura determinada, se incorporaron en un momento dado a las labores de la diplomacia, representando a su país en el extranjero con un desempeño que en muchos casos merece el calificativo de sobresaliente. *Escritores en la diplomacia mexicana* es un mosaico en el que encontramos semblanzas de doce escritores que destacaron en estas tareas, y que su ocupación literaria, de otro modo, ha ya inmortalizado. El libro también podría titularse “casi un siglo de escritores en la diplomacia”, ya que abarca desde las postrimerías del régimen de Porfirio Díaz hasta la crisis del México institucional en la década de los sesenta. Cuando indico que en este libro se habla de algunos de los escritores más talentosos que ha tenido el país, señalo ya el carácter antológico de este libro. No es éste, por fortuna, un catálogo, un inventario con pretensiones de exhaustividad. Me atrevo a decir que no una docena sino centenares de escritores mexicanos han trabajado alguna vez, con mayor o menor fortuna, en el servicio diplomático. Dedicarle un capítulo a cada uno de ellos haría de esta obra un libro demasiado voluminoso

---

y ciertamente poco legible. Los editores han sorteado esta dificultad escogiendo a los más destacados. Están Federico Gamboa, Amado Nervo, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo, Genaro Estrada, Octavio Barreda, Alfonso Reyes, Manuel Maples Arce, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet y Octavio Paz. Una sana regla de objetividad aconseja que sólo se incluyan en este libro aquellos personajes ya fallecidos, y los editores han atendido esta regla.

Para escribir la semblanza de cada uno de estos personajes, se comisionó a otros tantos especialistas en la materia, los cuales trabajaron, puedo imaginarlo, cada quien de modo independiente. El resultado es un apretado mosaico que permite ver como un caleidoscopio una variedad de figuras que se agrupan en torno a la preocupación diplomática, y a los avatares que este tipo de vida conlleva. Sorprende de entrada que tantos y tan excelentes escritores hayan encontrado en la diplomacia una vocación a la cual dedicar su vida laboral. Me gustaría pensar que se trata de una tradición mexicana, acaso típica también de otros países latinoamericanos, aunque yo diría que más o menos extraña en los países del llamado primer mundo. Puedo imaginar que muchos de estos escritores, a los que no puedo concebir como millonarios, vieron en las tareas del servicio exterior la gran oportunidad para salir de México y conocer otras culturas, otras lenguas, otras literaturas. Quizá mejor que una estricta vocación diplomática, lo que había en muchos de ellos era una auténtica vocación cosmopolita. Volverse ciudadanos del mundo, enriquecerse con otras culturas, acercarse a esas otras literaturas con las que ya estaban familiarizados desde los puentes letrados de la cultura, fue su manera cabal de ser contemporáneos. Algunos, es cierto, buscaron salir del país en un intento terapéutico, buscando nuevas emociones exóticas, o por escapar a una atmósfera acaso demasiado cargada, como sería el caso de Octavio Paz o, bien, de plano, en un intento por restañar las heridas producidas por la violencia civil, como sucedió con Alfonso Reyes. Como observa el mismo Reyes en su *Atenea Política*, que es para mí uno de sus mejores textos ensayísticos: “Las lejanías nos curan de las cercanías”.

Sería un abuso pretender resumir cada uno de los doce diferentes trabajos que componen esta ventana al mundo. Cada uno de los doce gajos de la naranja tiene su propio sabor particular,

---

características que no toma prestadas a los demás. Dentro de esta diversidad, sin embargo, le agradará al lector ir encontrando similitudes, patrones que se repiten. Casi todos ellos, que deben su posteridad a sus textos literarios, practicaron en algún momento de su vida esa forma callejera de la literatura que es el periodismo, acaso demasiado cercano a los afanes de la publicidad y de la política, pero igual vehículo de las ideas en un mundo convulso en el cual se ven obligados a participar. Gamboa, Nervo, Tablada, González Martínez, Paz, todos ellos fueron en su momento periodistas apasionados. Si se equivocaron o no en sus convicciones políticas, éste es otro asunto que no vale la pena ventilar aquí. Quizás se aplica a todos ellos lo que alguna vez escribió de modo inmejorable, vuelvo a citarlo, Alfonso Reyes, cuando decía: “Negarse a bajar con la verdad a la calle es tanto como desconfiar de la verdad”.

Varios de estos escritores, al margen de su filiación política, tuvieron intervenciones decisivas a favor de la política independiente de su país. Aquí caben lo mismo la precisa declaración de Gamboa ante el ministro estadounidense Leslie Combs, cuando le dice —y esto está a punto de producir un incidente diplomático— “señor ministro, olvida usted que yo sirvo al presidente de México y no al de Estados Unidos”, que la Doctrina Estrada de Genaro Estrada —documento jurídico impecable, una de las aportaciones más brillantes de nuestro país en la materia—, que el voto solitario de México instrumentado por José Gorostiza en la asamblea de la Organización de los Estados Americanos, que culminaría expulsando por mayoría a Cuba de este organismo.

Casi todos ellos fueron eficaces promotores de la cultura mexicana en el extranjero. Por su cultura e inteligencia, ayudaron a borrar la imagen de un México bárbaro que se había formado en otras latitudes, sobre todo debido a los incruentos acontecimientos que rodearon al estallido de la revolución mexicana, y los años inmediatos posteriores, que no estuvieron exentos de asonadas, motines y rebeliones.

Algunos de ellos, habría que subrayarlo, no sólo brillaron como escritores, sino que mostraron indudables méritos de naturaleza política. Alfonso Reyes, podría decirse, traía la política en la sangre. En su trabajo como diplomático no es difícil adivinar sus eminentes dotes políticas, con esto quiero decir, dotes de organizador,

---

---

de conciliador y de promotor, aplicadas al mayor brillo de su país. La visión política de Genaro Estrada es incuestionable. Su muerte un tanto prematura le impidió hacer más cosas por su país. Fue un apoyo decisivo, en lo doméstico, para que la generación de los Contemporáneos cristalizara como tal, y en lo externo, no puede olvidarse que fue el primero en abrir las puertas del país a lo que se llamaría más tarde los refugiados españoles. Jaime Torres Bodet, podría decirse sin exagerar, tenía dotes de estadista. Pivote de su generación, realizó tremendas tareas en las relaciones internacionales, llegando a ser director general de la UNESCO. Con razón ha dicho Fernando Curiel que Torres Bodet, el educador y el político, es el verdadero heredero de José Vasconcelos. José Gorostiza, aunque de una personalidad reticente, no se queda atrás. Durante muchos años fungió como subsecretario de Relaciones Exteriores, y todo mundo concuerda en decir que llegó a ser la “eminencia gris” de esta secretaría. Aunque muchos de sus aportes a la diplomacia mexicana seguramente todavía están por salir a la luz, el trabajo de Jesús Flores Olague en este libro constituye una contribución al respecto.

Otro elemento que comunica entre sí a los diversos personajes de este libro es lo que yo llamaría una suerte de solidaridad entre diplomáticos. Sin que se lo hayan propuesto de modo explícito, uno puede advertir, al leer cada uno de los textos, de qué modo el solo hecho de pertenecer al cuerpo diplomático suscita entre estos escritores relaciones de apoyo mutuo. Pienso sobre todo en una suerte de paternalismo por el cual las generaciones ya establecidas apoyan a los más jóvenes. De vez en cuando hay las reales o imaginadas patadas debajo de la mesa, y no falta alguna discordia, como por ejemplo la que se suscita entre Federico Gamboa, embajador en Guatemala, y Efrén Rebolledo, cuando éste último se niega a servir de mandadero, lo cual provoca un distanciamiento que felizmente se resuelve cuando a este último se le asignan nuevas responsabilidades en otro país. Sin embargo, domina la solidaridad. Alfonso Reyes y José Gorostiza, por poner un ejemplo, fueron apoyos indispensables para el joven Octavio Paz que se iniciaba en la diplomacia. La generosidad de Tablada, de Torres Bodet, de Octavio Barreda y de Genaro Estrada, a este respecto, no necesita documentarse.

---

---

Algunos de los ensayos reunidos en este libro, además de la pertinente información biográfica e historiográfica, destacan las aportaciones literarias de los personajes. El texto de Benjamín Rocha sobre Efrén Rebolledo me parece en este sentido ejemplar. Describe con tal elocuencia con tal variedad de ejemplos el trabajo literario de este talento precoz de la literatura mexicana, que uno se queda con ganas de conseguir todo lo que haya disponible de Rebolledo, desde su novela juvenil hasta sus poemas eróticos de madurez. En el mejor de los casos, *Escritores en la diplomacia mexicana* constituye en sí mismo una positiva revaloración de algunos de los personajes sin los cuales la literatura mexicana de nuestro siglo no sería lo que es.

*Evodio Escalante*

---